

primir estos atentados, tú evidentemente se lo has permitido todo, todo se lo has abandonado; tú has dicho que debe morir cien veces, y no has dado ni un solo paso para hacerle perecer. ¿Para qué son, pues, tantas embajadas y tantas acusaciones? ¿Para qué, pues, importunarnos con tantas inquietudes?» Y bien, atenienses, ¿se os ocurre alguna refutación á estos cargos? Yo por mí no encuentro ninguna.

Hay gentes que piensan confundir á un orador con esta pregunta: «¿qué es necesario hacer?» Nada, les diria yo con tanta justicia como verdad; nada de lo que habeis hecho hasta el presente. Voy, sin embargo, á ocuparme de todos los detalles, ¡y ojalá esos hombres tan prontos para preguntar no fuesen menos ligeros para ejecutar!

Comenzad, atenienses, por reconocer, como un hecho incontestable, que Filipo ha roto los tratados y que os hace la guerra; y sobre este punto no acusais más vuestra conducta. Sí, es el enemigo mortal de toda Atenas, de su suelo, de todos sus habitantes, y aun de aquellos mismos que más se alaban de merecer sus favores. Si lo dudan, que dirijan su vista á Eutícrates y Lastenes, ambos olintios, que se contaban en el número de sus mejores amigos, y que sin embargo perecieron tan miserablemente, después de haberle vendido su patria. Pero á nada se encamina tanto su guerra como á combatir nuestra democracia; todos sus lazos, todos sus proyectos tienden á destruirla. En esto puede decirse que procede consecuentemente. Él sabe muy bien que en el caso mismo de que hubiese subyugado todo el resto de la Grecia, no podría contar con nada mientras subsistiera vuestra democracia; sabe que si sufre uno de esos reveses que tan frecuentemente sobrevienen á los hombres, todas las naciones que la violencia tiene reunidas bajo su yugo acudirán á arrojarse en vuestros brazos. Esto consiste en que vuestro carácter nacional no os induce á engrandeceros usurpando la domina-

cion, sino que, por el contrario, sabeis detener á los demás en este camino y abatir á los usurpadores. ¿Se trata, en efecto, de contener al que aspira á la tiranía? ¿Se trata de libertar algun pueblo? Pues siempre estais dispuestos á ello. Así es que Filipo no quiere que la libertad ateniense espíe sus adversidades; no lo quiere de ninguna manera, y preciso es confesar que sus reflexiones son en esto juiciosas y fundadas. Debeis, por consiguiente, ver en él un irreconciliable enemigo de nuestra democracia; porque si esta verdad no se graba en vuestros corazones, solo atenderéis al cuidado de vuestros negocios con un celo insuficiente. Tambien podeis tener por cierto que es contra Atenas contra quien dirige todos sus movimientos, y que en todas partes donde se le combata se trabaja por vuestra defensa. ¿Quién de vosotros cometerá la simpleza de creer que este Príncipe, capaz de ambicionar miserables bicocas de la Tracia, tales como Drongile, Kabila, Mastise y otras que asedia y somete igualmente dignas de este calificativo; capaz de desafiar por tales conquistas trabajos, inclemencias y peligros de todo género, no codiciará los puertos de Atenas, sus arsenales marítimos, sus escuadras, sus minas de plata y sus inmensas rentas, y que os dejará la pacífica posesion de todos estos bienes; él que para sacar el centeno y el mijo de los subterráneos de la Tracia arrostra todos los rigores del invierno? No, no podeis imaginarlo; con esta expedicion y con todas las que emprende, se vá abriendo un camino hácia vosotros.

¿Y qué deben hacer los hombres prudentes una vez convencidos de estas verdades? Sacudir su fatal letargo, contribuir con sus bienes, hacer que contribuyan sus aliados, trabajar por conservar las tropas que están aun sobre las armas, á fin de que si Filipo tiene un ejército dispuesto á atacar á todos los griegos y á subyugarlos, vosotros tengais tambien otro dispuesto á socorrerlos y salvarlos. Es imposible, en efecto, hacer nada importante con reclu-

tas temporeros. Se necesita un ejército organizado, medios de sostenerse, administradores y agentes públicos; se necesita poner á la vista de la caja militar, inspectores que vigilen; se necesita pedir cuenta al general de las operaciones de la campaña, y á los intendentes, de su gestión. Ejecutad este plan con una voluntad decidida, y obligareis á Filipo á respetar la paz y á encerrarse en su Macedonia, lo cual sería una ventaja inapreciable; y en último caso, le combatiríais por lo menos con fuerzas iguales.

Se vá á decir que estas resoluciones exigen grandes gastos, rudos trabajos, continuos movimientos. Convengo en ello; pero considerad los peligros que os amenazan si no adoptais este partido, y hallareis preferible el abrazarlo en seguida. En efecto, aunque un dios os diese una garantía suficiente de todos vuestros grandes intereses; aunque os respondiese de que, no obstante permanecer siempre inmóviles y siempre desamparando á los demás pueblos, no habíais de ser atacados por Filipo, sería vergonzoso, ¡por Júpiter y por todos los inmortales! sería indigno de vosotros, de la gloria nacional y de los triunfos de vuestros mayores, sacrificar á una indolencia egoísta la libertad de la Grecia entera. ¡Prefiero morir á que salga de mis labios un consejo semejante! Si algun otro os lo dá y os persuade de su conveniencia, no procureis defenderos, ¡dejadlo todo abandonado! Pero si rechazais esta idea, y si todos conocemos que cuanto más hayamos dejado engrandecerse á Filipo tanto más encontraremos en él un enemigo poderoso y temible, ¿cuál será nuestro refugio? ¿A qué pueden conducir estas dilaciones? ¿Qué aguardamos, ¡oh atenienses! para cumplir con nuestro deber? ¡La necesidad sin duda! Pero la necesidad de los hombres libres ha llegado ya, ¿qué digo ya? hace mucho tiempo que llegó. En cuanto á aquella necesidad que mueve al esclavo, pedid al cielo que os preserve de ella. ¿Qué diferencia existe entre ambas? Que para el hombre libre el temor de la deshonra

es una necesidad de hacer lo que debe, sin que haya, en efecto, ninguna más imperiosa; mientras que para el esclavo los golpes, los castigos corporales..... ¡Oh! no conozcais nunca estos estímulos, su nombre solo mancha esta tribuna.

Descubriría con gusto todos los artificios que ciertos políticos emplean con vosotros; pero solo citaré uno. ¿Se acaba de hablar de Filipo? En seguida uno de ellos se levanta y dice: *¡Qué más rico tesoro que la paz! ¡Qué carga más pesada que sostener un ejército! ¡Lo que se quiere es la disipacion de nuestras rentas!* Con estas palabras os detienen, y proporcionan al Príncipe ocasiones tranquilas para realizar sus proyectos. De aquí resultan vuestro reposo y vuestra inacción, placeres que temo mucho os parezcan algun dia muy caramente pagados, mientras que ellos gozarán de vuestras mercedes y del salario de sus intrigas. Creo que no es á vosotros, ya tan pacíficos, á quien hay que persuadir la paz, sino á aquel que os hace la guerra. Si él consintiese en ella, os veria dispuestos á aceptarla. Despues es necesario mirar como una carga, no lo que gastamos para nuestra seguridad, sino los males que nos aguardan si no queremos gastar nada. En cuanto á la malversion de nuestras rentas, evitémosla por medio de una vigilancia activa y saludable, y no por el abandono completo de nuestros intereses. Atenienses, el disgusto que causa á algunos de vosotros la idea de estos robos, tan fáciles de impedir y castigar, es precisamente lo que me irrita; porque veo que los mismos que piensan así, ven con indiferencia el latrocinio de Filipo que vá saqueando la Grecia entera, y que obra de este modo para asaltarnos al fin.

Los pueblos ven á este Príncipe desplegar sus banderas, atropellar la justicia, apoderarse de nuestras ciudades, y ninguno de estos á quienes me refiero reclama contra sus atentados y sus hostilidades. Otros oradores os aconsejan no sufrirlas y velar por vuestras posesiones, y

á estos los acusan de querer encender la guerra. ¿Cuál es, pues, la causa de semejante conducta? Héla aquí. Si la guerra ocasiona algun accidente, (¿y qué guerra no vá acompañada de muchos inevitables?) quieren dirigir vuestro enojo contra los autores de los consejos más provechosos; quieren que, ocupados en juzgarlos, dejéis el campo libre á Filipo; quieren, en fin, desempeñar el papel de acusadores, para sustraerse á la pena de su traición. Esto es lo que significan en su boca estas palabras: «*En medio de vosotros es donde se provoca la guerra;*» frase que dá origen á tantos debates. Por lo que toca á mí, estoy seguro de que antes de que ningun ateniense propusiera la guerra, Filipo habia invadido muchas de nuestras plazas, y más recientemente aun, ha puesto un refuerzo en Cardia. Si á pesar de esto nos obstinamos en no reconocer que ha sacado la espada, sería el más insensato de los hombres el que se empeñase en convencernos de lo contrario. Pero, ¿qué diremos cuando marche contra Atenas? Sin duda protestará que tampoco nos hace la guerra. ¿No ha respondido esto á los oritanos cuando sus tropas acampaban en su país; á los habitantes de Píaros cuando iba á derribar sus murallas, y á los olintios hasta el momento de entrar en su territorio á la cabeza de un ejército? ¿Se repetirá entonces que aconsejar la defensa es encender de nuevo la guerra? Pues bien, suframos el yugo de la tiranía, puesto que es la única eleccion posible entre no defenderse y estar siempre sobresaltados.

El peligro es mayor para vosotros que para los demás pueblos. Someter á Atenas sería muy poco para Filipo, y aspira á destruirla. Vosotros no quereis obedecer, y él sabe que aunque quisiérais no podríais hacerlo, porque estais habituados á mandar. No ignora tampoco que en la primera ocasion podríais ocasionarle más desastres que todos los demás pueblos reunidos. Reconoced, pues, que para vosotros se trata de evitar vuestra ruina completa. Abor-

reced, envid al suplicio á los ciudadanos vendidos á este hombre, porque es imposible, absolutamente imposible, destruir al enemigo extranjero, si no se castiga antes al enemigo doméstico, su celoso servidor. Si no se hace esto, chocareis contra el escollo del uno, siendo inevitablemente sobrepujados por el otro.

¿Por qué, segun vemos todos, Filipo no hace otra cosa que lanzar ultrajes contra Atenas? ¿Por qué emplea la seducción y los beneficios con los demás pueblos, y con vosotros solo las amenazas? Ved cuántas concesiones ha hecho á los tesalios para llevarlos insensiblemente á la servidumbre; contad, si podeis, las insidiosas liberalidades que ha prodigado á los olintios, á Potidea y á otras muchas plazas; vedlo ahora arrojando la Beocia á los tebanos, como una presa, y librándolos de una guerra larga y penosa. De todos estos pueblos, los unos no han sufrido las desgracias que conocemos, ni los otros sufrirán las que les prepara el porvenir, hasta despues de haber recojido algunos frutos de su codicia. Pero á vosotros, y sin que hable de las pérdidas experimentadas en la guerra, ¿cuánto no os ha engañado y despojado, aun durante las negociaciones de la paz? ¿No se ha apoderado de la Focida, de las Termópilas, de las fortalezas de Thrace, Serrhium y Doriskos, y aun de la persona misma de Kersobleptes? ¿No es ahora dueño de Cardia? ¿No lo confiesa él mismo? ¿De dónde nacen, pues, procedimientos tan diferentes? De que nuestra ciudad es la única donde el enemigo tiene, sin riesgo alguno, partidarios declarados; la única donde los traidores enriquecidos defiendan con seguridad la causa del espoliador de la República. En Olinto no se hablaba impunemente por Filipo, antes de que hubiese cedido Potidea á este pueblo; ni en Tesalia, mientras que no sorprendió el reconocimiento de la multitud espulsando á sus tiranos y tomando asiento en el Consejo de la Grecia; ni en Tebas, antes de haber pagado el servicio de la Beocia

devuelta y de la Fócida destruida. Pero despues que Filipo nos ha usurpado á Anfípolis, á Cardia y sus dependencias; despues que ha hecho de la Eubea una vasta y amenazante ciudadela; despues que emprende su marcha contra Bizancio, ¡todavía se puede, en Atenas, hablar sin peligro por Filipo! Así no es estraño que hombres pobres y sin reputacion se hayan hecho ricos y principales de repente, mientras que vosotros habeis bajado del esplendor á la humillacion, de la opulencia á la miseria. Porque yo hago consistir la riqueza de una República en sus aliados y en el celo y la confianza de sus pueblos, cosas ambas de que estais desprovistos. Pero mientras que vuestra apatía os deja arrebatar estos bienes, él se hace grande, afortunado, temible á la Grecia entera y á los bárbaros. Atenas está sumida entre tanto en el desprecio y el abandono; porque si es verdad que se halla próspera por la abundancia de sus mercados, tambien lo es que la falta de provisiones esenciales la tienen en una ridicula indigencia.

Observo tambien que ciertos oradores os dan unos consejos, y que ellos siguen otros muy distintos: os dicen que debeis permanecer en reposo aunque seais atacados, mientras que por su parte no pueden quedar aquí, aunque nadie les inquieta. Además de esto, el primero que sube á la tribuna, me grita: «*¡Y qué! ¡No quieres esponerte al peligro de proponer el decreto de guerra! ¡Qué timidez! ¡Qué cobardía!*» No; temerario, impudente, descarado, no lo soy ni sabría serlo; pero sin embargo, me considero mucho más animoso que todos estos intrépidos hombres de Estado. Juzgar, confiscar, recompensar, acusar sin cuidarse para nada de los intereses de la pátria, son cosas que no exigen ningun valor. Cuando se tiene por salvaguardia la costumbre de halagaros en la tribuna y en la administracion, la osadía no ofrece ningun peligro. Pero luchar por vuestro bien, luchar frecuentemente contra vuestros deseos, no adularos jamás, servirlos siempre, abrazar la car-

rera política donde los resultados dependen más de la fortuna que de los cálculos, y constituirse responsable de los caprichos de esta misma fortuna, ¡hé aquí la conducta del hombre de corazon! ¡hé aquí la conducta del verdadero ciudadano! En nada se parece á la de esos aduladores que han sacrificado los más grandes recursos del Estado á vuestras complacencias de un dia. Estoy tan lejos de tomarlos por modelos, tan lejos de mirarlos como dignos atenienses, que si se me preguntase qué beneficio he hecho por la pátria, no citaría los buques armados á mis espensas, ni mis funciones de corega, ni mis donativos, ni los prisioneros que he rescatado, ni otros servicios de esta índole; respondería en dos palabras: Mi administracion no se parece en nada á la de estos hombres. Pudiendo como tantos otros acusar, demandar, pedir recompensas para este y confiscaciones para aquel, jamás he descendido á hacerlo, jamás el interés ó la ambicion me llevaron á este terreno. Por el contrario, insisto en los consejos que, dejándome por bajo de muchos ciudadanos, os elevarian, si los siguiéseis, por encima de todos los pueblos. Creo poder espresarme de este modo sin despertar la envidia. No; no puedo conciliar el carácter del verdadero patriota, con un sistema político que me colocaría rápidamente en el puesto más elevado, y á vosotros en el último de la Grecia. La administracion de los oradores leales debe engrandecer la pátria, y el deber de todos consiste en proponer siempre, no la medida más fácil, sino la más saludable; para marchar hácia la primera bastaría el instinto, mientras que para ser impulsado hácia la segunda, se necesitan las poderosas razones de un orador consagrado al bien público.

Oigo decir, últimamente: «Los consejos de Demóstenes son siempre los más acertados; pero despues de todo, ¿qué ofrece á la pátria? Solo palabras, y se necesitan acciones.» Atenienses, responderé con franqueza. La mision del consejero del Pueblo consiste en emitir sábias opiniones; no

tiene que ir más allá en sus actos. La prueba de esto me parece fácil. Sabreis, sin duda, que en otro tiempo el célebre Timoteo habló al pueblo sobre la necesidad de socorrer la Eubea y librarla del yugo tebano. «¡Y qué! dijo entonces, los tebanos están en la isla vecina y vosotros de liberáis? ¿No cubris el mar con vuestras naves? ¿No volais desde esta ciudad al Pireo? ¿No dirigís hácia el enemigo todas vuestras proas?» Tales fueron, sobre poco más ó menos, sus palabras: vosotros, atenienses, os pusisteis en movimiento, y por este concurso la obra se vió terminada. Pero si mientras Timoteo proponia la medida más saludable, hubiese la pereza cerrado vuestros oidos, ¿habría obtenido Atenas los resultados que tanto la honraron entonces? ¡No, ni uno siquiera! Pues bien, esto mismo debe suceder hoy con mis palabras y con las de cualquiera otro: exigid del orador el talento del buen consejo; pero la ejecucion no la pidais sino que á vosotros mismos.

Voy á resumir y á dejar la tribuna. Imponed contribuciones; asegurad la existencia de vuestro ejército; corregid los abusos que veais en él, pero no lo licenciéis por acceder á las acusaciones del primero que llega; enviad por todas partes diputados que instruyan, que adviertan, que sirvan al Estado con todas sus fuerzas; haced más aun, castigad á los oradores asalariados para perderos; en todo tiempo y en todo lugar, perseguidlos con vuestro odio, á fin de demostrar que, por sus buenos consejos, los oradores virtuosos é íntegros han merecido bien de sus conciudadanos y de ellos mismos. Si os gobernais de esta suerte, si no volveis á dejarlo todo en abandono, acaso atenienses, acaso en el porvenir tomen los acontecimientos un curso más venturoso. Pero si, siempre inactivos, limitais vuestro celo á aplaudir tumultuosamente; si retrocedis cuando es necesario obrar, no hay elocuencia que, sin el cumplimiento de vuestro deber, pueda salvar la pátria.

PROCESO DE LA EMBAJADA.

Introduccion.

Demóstenes no olvidaba un instante su proyecto de venganza pública y privada contra Esquines; pero varias causas habian contribuido á retardar este proceso. Era imposible complicar á todos sus compañeros de embajada, porque unos estaban ausentes, y otros, tales como Dercilos é Jatrocles eran mucho menos culpables. Por otra parte, la malignidad pública parecia satisfacerse con la acusacion que habia intentado Hiperides contra el diputado Filócrates, hombre igualmente despreciado de todos los partidos. Eúbulo, del cual Esquines habia sido secretario, y que parece hostil á Demóstenes, trataba de evitar el proceso, y realmente, la impresion producida por tantas desgracias públicas, resultado de la traicion, se habia debilitado mucho. Demóstenes, sin embargo, anunció esta grande acusacion al terminar su sexta filípica. Parecia que la voz de Mirabeau habia sido el eco de la suya, cuando pronunciaba estas palabras en la Asamblea nacional: «¡Conozco los pérfidos consejeros de estos atentados contra la libertad, y por el honor de mi pátria, juro denunciarlos algun día!» (1)

Demóstenes mismo estableció el carácter de este proceso: no era una acusacion formal de alta traicion; pero sí un perseguimiento para obligar á Esquines á que rindiese cuentas. De aquí nacen, sin duda, las conclusiones un poco vagas del acusador y el que se muestra indeciso ante el castigo que debe aplicarse, por más que la pena de muerte esté indicada con frecuencia.

Este discurso de Demóstenes puede sostener, ventajosamente, un paralelo con sus demás discursos políticos. Quizá sea aquí donde

(1) Discurso sobre el proceso del Chatelet.